

LA LEY

LA LEY

En su pecho desnudo y en su frente no había sudor. Estaba tranquilo. Su mirada, temida por todos en el pueblo, la tenía fija en el cuerpo, también desnudo, de su víctima. Sus ojos brillaban, no por algo interior, sino por reflejarse en ellos la luz de las velas. Mayor brillo tenía el machete que al ser descargado con fuerza seccionó todas las estructuras del cuello. La cabeza se mantuvo algunos instantes en su lugar para después inclinarse lentamente como diciendo un último sí. Al caer al suelo se produjo un sonido opaco, después, cuando rodó por los escalones de piedra, los ruidos fueron más brillantes y sonoros. El segundo golpe no fue dado como el anterior, igual a como se siega el trigo, ahora el asesino echó el codo hacia atrás, recargó el arma en las costillas y de un rápido movimiento atravesó el tórax permitiendo que la punta del metal sobresaliese en la espalda del victimado.

Manuel desfloró a su futura mujer en el campo. Ella se dejó hacer. Después envió a los padres de la muchacha tres botellas de mezcal, un par de corderos, algunas aves y una canasta de huevos. La unión se había consumado. Desde ese momento ella debía obediencia y fidelidad a su hombre, y él, por su parte tenía la obligación de mantenerla y darle protección. Jamás pensó si la quería por no ser necesario. Era su mujer y eso bastaba. Tiempo después, si alguien le hubiera preguntado, diría que además de esposa era la futura madre de su hijo que estaba por nacer.

Entre el primero y segundo golpe transcurrió menos de un minuto. Durante ese lapso no pensó en nada, ni en el odio que tenía, y menos aún en las consecuencias de su acción. Esto era para él un acto fisiológico, como

LA LEY

comer, respirar o hacer el amor. El morir o matar lo mamó desde pequeño igual que la leche materna. Si en ese momento él hubiera sido la víctima en lugar del ejecutor del crimen, estaría igual de tranquilo. A tierna edad fue testigo de la muerte de su padre a quien dos hombres sacaron de la cama, y frente a él, lo acribillaron a balazos. A los diez años contempló el cadáver de su hermano que murió tratando de vengar a la familia. Después vio muchos muertos, la mayoría por arma de fuego o por machete, pero también colgados de un árbol, sumergidos en el río o enterrados en la arena. El mismo, a la edad de diez y ocho años, mató, en una celada, a uno de los asesinos de su hermano, y ya mayor a otro por la posesión de un animal. A muchos otros no vio, pero su madre y sus amigos le relataron la forma en que murieron. Cada muerto fue llorado en su turno y siempre fue justificada la causa de su muerte. El honor, según la ley de su tierra, siempre tenía que ser lavado con sangre, igual que se tratara de un robo, un asesinato, una difamación o simplemente una mirada de reto. Al asesino nunca se le delataba y cuando moría a manos de algún familiar del difunto, pasaba a formar parte de la mitología de héroes locales. Se le componía un corrido que hablaba de su sangre fría al matar y al ser herido.

Manuel se encontraba fuera del pueblo cuando murió su mujer. Ni la rinconera ni el médico que trajeron del pueblo vecino pudieron hacer nada. Manuel la encontró tendida sobre su cama, luciendo un vestido blanco y una guirnalda de flores amarillas en su cabello. Aceptó los abrazos y las condolencias y dejó que el cura rezara a los pies del cadáver. Sólo entonces fue que preguntó que quién era el culpable, lo que equivalía, y eso lo sabían muy bien los vecinos, a una sentencia de muerte. Cálmate Manuel, le pidieron, no existe ningún culpable, cuando Doña Martha llegó ella ya estaba muerta. El

LA LEY

médico llegó después. No existen culpables, fue la voluntad de Dios. El así lo quiso.

El tercer golpe lo dio recordando como se adhería la piel de ella a su piel. Una serie de rápidos machetazos dados en el pecho y en el vientre de la víctima, fueron en recuerdo de los movimientos que sintió todavía el día anterior al apoyar su mano sobre el vientre grávido de su mujer. Dejó de pensar. Sólo el machete subía y bajaba automáticamente, atravesaba, se hundía, seccionaba y amputaba.

Al terminar, bañado en sudor por el esfuerzo físico, se dirigió a la entrada, recogió el sombrero que había depositado en la última banca de la iglesia, y como de costumbre, humedeció sus dedos en la pila de agua para hacer el signo de la cruz sobre su frente.

TOMÁS URTUSÁSTEGUI

1999